

Reseña

De la imagen a la imaginación acústica:

Pausada percusión y otras memorias de Julio César Goyes Narváez

Goyes Narváez, Julio César. (2019) *Pausada percusión y otras memorias*. Pasto: Editorial Galáctica.

Carlos Rojas Ramírez¹

Universidad de Veracruz

DOI: <http://dx.doi.org/10.15648/cl.29.2019.11>

Recibido: 26 de septiembre de 2018* *Aprobado:* 29 de octubre de 2018

*Yo soy el sin reposo, el exiliado, en mí cantan
los hijos abandonados.*

Julio César Goyes

“Abluciones de Olavide”

JULIO CÉSAR GOYES NARVÁEZ
PAUSADA PERCUSIÓN
Y OTRAS MEMORIAS



GALÁCTICA, 01

En *Youth*, de Paolo Sorrentino, Michael Caine interpreta a un compositor y director de orquesta que es capaz de hacer hablar a la naturaleza con sus propias manos. Su mirada, en la mayoría de las escenas, refleja un *tempo* abisal, mientras persiste un cierto equilibrio entre sonido y silencio que anega cada uno de los cuadros de la película, como si fuese una mancha tipográfica que derramase palabras entre blancos y negros.

¹ Licenciado en Letras Hispánicas, con una maestría en Estudios de la Cultura y la Comunicación. Actualmente cursa el doctorado en Investigación Educativa con énfasis en Lingüística, en la Universidad de Veracruz.
Correo electrónico: rojas.ra.carlos@gmail.com

En el pórtico que encabeza *Pausada percusión y otras memorias*, poemario de Julio César Goyes editado por Galáctica en 2019, Felipe García Quintero reconoce a la memoria y a la música como “dos maneras de la sensibilidad” que recorren las páginas de esta obra. Pensando en la cinematografía de Sorrentino, podría añadirse la construcción de la imagen como una encarnación más que entrelaza recuerdo y melodía con las pulsiones vitales evocadas por el poeta.

Versos unificados o poemas de aliento sostenido, *Pausada percusión y otras memorias* se divide en cuatro expresiones diversas sobre la figura del viaje. El primero de ellos, “Pausada percusión”, es una evocación épica de la infancia que recrea sus ritmos inmortales; son versos que corporalizan experiencias pasadas para hacerlas vibrar, para acometer el oficio de recuperar su vitalidad primigenia: la percusión olvidada que remonta con la escritura. Escribe Goyes Narváez:

La sangre yace contenida en los días estivales,
de repente llueve como una bendición
sobre la tierra (efímeras son las sensaciones,
inmortales los relatos).

El corazón resiste porque el porvenir redobla
sin saber dónde

ni la hora en que llama,
ni quién con tanta maestría
lo ejecuta.

Percusionista del silencio; eso, no otra cosa,
quiero ser.

Latido, vitalidad y composición se alternan bajo una forma de misticismo que convoca el sentido más ritual de la escritura: el de crear con la palabra. A este viaje hacia las raíces, le sigue “Caballo migratorio”, el cual, por su parte, pareciera moverse entre un testimonio

literario y cinematográfico, urdido de imágenes y referencias, que desemboca en la conformación de un imaginario poético. La imagen del caballo se convierte en alegoría del camino andado que no admite reposo: el viaje del paso cotidiano del tiempo.

Frente a estas estampas que se demoran en viajes a la semilla, el poemario cierra con dos poemas de ocaso, de viaje a la deriva y de exilio. Son versos que comienzan alojados en La Habana y que mantienen el calor de la fraternidad y la parsimonia ominosa del que ha sido confinado al silencio:

Yo soy el malecón azotado por las olas,

el extranjero que te extrañará ciudad,
que clamará en los senos que en el sur esperan
y orientará los ojos de nuevo hacia los tuyos,
porque el viajero no tiene otra patria
que su viaje.

Así, del exilio en paraísos feroces, el poemario cierra con el motivo del viaje como encuentro, afincado en la imagen paternal. Una serie de versos narran el anhelo de un encuentro y la creación de un espacio en sepia que es la suma de todos los espacios posibles. El encuentro culmina como una metáfora especular que sostiene la extrañeza de percibirse en el antepasado: “Yo soy tu imagen en la piel como un enigma”.

Atravesados por la memoria, los poemas de Julio César Goyes son una forma de hacer hablar al tiempo y de devolverle la voz a las patrias que cada lector suele recordar en claroscuros: la infancia, la amistad y la familia. Los poemas, así, ofrecen paneos sobre paisajes y geografías internas, se mueven con sigilo entre el enfoque de una escena y el recuerdo de su particular percusión.

¿Obra de cultura libre? ¿Un libro de viaje? ¿Álbum de sonidos evocados? La compilación de estas imágenes acústicas es un llamado a reconquistar los terrenos de la memoria, esa ficción en donde reposa la simiente del relato.